



LA

# CONFESION DE UNA NIÑA.

Una niña arrepentida,  
fue á buscar un religioso,  
pues se hallaba sin reposo  
por una culpa mortal.

PADRE.

Por grande que sea el pecado,  
no piense me he de asustar.

NIÑA.

Yo me metí en un convento  
muy lejos de todo trato,  
con modestia y con recato,  
como puede usted pensar.

PADRE.

¿En un convento, hija mia?

NIÑA.

Por la mañana asistia,

como todas las del coro,  
sosteniendo con decoro  
de los rezos el rezar.

PADRE.

Eso le sucede á toda  
la que sea conventual,

NIÑA.

Cuando en el coro no estaba  
en la celda me distraia,  
y pasaba noche dia  
haciendo oracion mental.

PADRE.

Vuestra vida es arreglada  
y muy digna de contar.

NIÑA.

Pensaba ser religiosa;



pero quiso mi pecado  
que el velo hubiera trocado,  
por una casualidad.

PADRE.

El estado ha de elegirse  
arreglado á voluntad.

NIÑA.

La vergüenza me impide  
el decir que un caballero...  
solo en pensarlo muero,  
porque fue una liviandad.

PADRE.

Hija mia, al confesor  
se le puede revelar.

NIÑA.

Confiada en su promesa,  
digo, que un oficialito,  
muy precioso y muy bonito.  
ví por casualidad.

PADRE.

No me espanto, que su causa  
la causára un oficial.

NIÑA.

Una tarde que mi madre  
vino á hacerme una visita,  
en una grada me cita,  
que me tenia que hablar.

PADRE.

Porra con el oficial,  
¿cuál se supo aprovechar!

NIÑA.

Justamente á la otra tarde  
á la reja fuí llamada,  
y quedé sobresaltada  
cuando ví que era el tal.

PADRE.

No es propio de militares  
momentos desperdiciar.

NIÑA.

Me dijo; señora mia,  
desde que la ví, la quiero;  
y por su hermosura muero...  
Conociendo su verdad...

PADRE.

No era el oficial tontillo,  
pues sabia bien hablar.

NIÑA.

Seguia su conversacion  
tan gustosa y sazónada,  
y me quedé aficionada,  
sin poderlo remediar.

PADRE.

El oficial no era bobo,  
pues se sabia explicar.

NIÑA.

Me dijo que la clausura  
debía estar desterrada,  
porque el vivir encerrada  
era gran penalidad.

PADRE.

Dijo muy bien el muchacho;  
siga, que no va muy mal:

NIÑA.

Se despidió alegremente,  
con un semblante halagüeño,  
que jamás podré olvidar.

PADRE.

De las armas del amor  
se valió el tal militar.

NIÑA.

Tomé tambien sus consejos;  
que hice que me moria  
si del claustro no salia,  
lo que al fin llegué á lograr.

PADRE.

Victoria al oficialito,  
que lo ha llegado á lograr.

NIÑA.

Mi casa, con mucho gusto,  
visitaba noche y día  
para la desgracia mia...  
no me quisiera acordar.

PADRE.

No se aflija, señorita;  
lo bueno va ya á empezar.

NIÑA.

Una noche que mi madre  
se fue á ver una comedia,  
fue quien causó la tragedia  
que ahora le voy á contar.

PADRE.

Muy despacio, señorita;



què tiene que confesar?

NIÑA.

Cuando vino y me halló sola,  
fue tanta su alegría,  
que patente se veía  
que me quería abrazar.

PADRE.

Intrèpido oficialito,  
no temió.... quería atacar.

NIÑA.

Yo sencilla, á las caricias  
correspondí mutuamente;  
y él astuto y diligente,  
me besaba sin cesar.

PADRE.

Son del sitio las guerrillas,  
el aspecto en general.

NIÑA.

Con los brazos diligente  
me apretó contra su pecho,  
enardecido y deshecho  
y me principió á apretar.

PADRE.

Eso es principiar el fuego,  
y el ataque preparar.

NIÑA.

Desde luego diligente,  
se pasó á buscar mi boca;  
y con besos me provoca,  
tanto que llegué á rodar.

PADRE.

Ya empieza la artillería  
la plaza á bombardear.

NIÑA.

Sus manos á la cintura  
me ciñó muy diligente,  
y me pasó prontamente....

no puedo bien recordar.

PADRE.

Avance la artillería,  
que victoria va á lograr.

NIÑA.

Yo no sé al fin que le hice  
á mi querido oficial,  
que se quedó sin sentido,  
ni dejar de suspirar.

PADRE.

Victoria, que ya la breeha,  
se ha llegado á superar.

NIÑA.

Viéndolo así, pretendí  
preguntarle qué tenía;  
pero.... padre, no podía,  
porque no acertaba á hablar.

PADRE.

Viendo al enemigo dentro,  
no se había de asustar!

NIÑA.

Se levantó cariñoso,  
fatigado y sin sentido;  
y en mis brazos muy rendido,  
se me volvió á recostar.

PADRE.

Mucho trabajó el muchacho:  
hizo bien de descansar.

NIÑA.

Este es, padre, mi pecado:  
mas estoy arrepentida  
y prometo, por mi vida,  
no lo volveré á hacer mas.

PADRE.

Ego te absolvo, hija mia  
y vete, que absuelta estás..



# LA MONJA ARREPENTIDA.

## CANCION.

La encantadora Teresa,  
novicia de santa Clara,  
llora, y dice que la pesa  
el vestir la honesta toca:

¡Estoy loca!

¡Dios mio! dice afligida,  
estoy muy arrepentida,  
y sin un rayo de fé...

¡Señor! pequé...

Ja... ja... ja... ja...

Ya lo entiendo, ya.

La madre Teresa, siente  
por la noche una inquietud....  
cuando en la cama sin luz,  
su corazón está ardiente,...

¡Inocente!

Y salta del duro lecho,  
y se dá golpes de pecho....

¡Dios mio! dice afligida,  
estoy muy arrepentida;  
y sin un rayo de fé...

¡Señor! pequé...

Ja... ja... ja... ja...

Ya lo entiendo, ya.

Y vierte abundante lloro,  
porque un dia se asomó

por las vergillas del coro,  
y á un bello jóven miró...

La cosa no trae malicia...

la novicia,

desde aquel plácido instante,  
dó quiera está delirante.

¡Dios mio! dice afligida,  
estoy muy arrepentida,

y sin un rayo de fé....

¡Señor! pequé....

Ja... ja... ja... ja...

Ya lo entiendo, ya.

La monjita encantadora,  
al jóven... besa en el sueño,  
y juzga que ya es su dueño...  
y al despertar, gime y llora!  
y maldice con desvelo

aquella tierna hermosura,  
el dia que tomó el velo,

y los claustros, por... ¡oh cielo!  
la sirven de sepultura!

¡Dios mio! dice afligida,  
estoy muy arrepentida,

y sin un rayo de fé...

¡Señor! pequé...

Ja... ja... ja... ja...

Ya lo entiendo, ya.

**FIN.**

Madrid: 1848.

IMPRESA DE D. J. M. MARÉS. Corredera de S. Pablo, núm. 27.